

“MÁQUINA”

Seudónimo: Ágez

AUTOR: Germán Vayón Ramirez

PAIS: España

El hombre del mono azul deja en el suelo la fiambarrera, envuelta en un paño de urdimbre basta a cuadros rojos y blancos, se echa el aliento en las manos, las frota y, con la palma de la derecha, traza un círculo que desempaña el cristal del escaparate de Viuda de Cobo e hijos. Pega las pestañas al vidrio helado y, con la respiración entrecortada, la nariz aplastada, la boca torcida, mira la máquina de escribir, una Olivetti lettera 22 de carcasa gris. Se fija bien en los números del precio, que aparecen sobre ella rotulados en rojo en un cartón color crema, y se alivia cuando se da cuenta de que coinciden con los que memorizó ayer. Se sube el cuello del grueso jersey marrón tejido a mano que usa como abrigo sobre la ropa de trabajo, se echa al hombro el almuerzo y, con la cabeza gacha y su habitual y tambaleante paso torcido, echa a andar con prisas hacia la fábrica.

Las toses de su bronquitis crónica las aplaca con los celtas sin boquilla que le quedan, que serán los últimos, porque las cuentas no le salen y unos céntimos junto a otros durante muchos días hacen el capital que precisa para que su hijo no pase diez horas diarias inclinado sobre un torno expuesto a las chispas que a más de uno han dejado tuerto, y también le evitará que deba lavarse las manos en esos barreños de cinc a los que alguna vez han roto la costra de hielo a martillazos. Al chico lo visualiza ahora en el extremo de la foto del colegio salesiano donde entró con una beca, las piernas de palillo, las orejas desabrochadas llenas de sabañones, la mirada de persona mayor, el aire tímido de quien no sabe qué hacer con las manos.

—El niño le salió listo, haga usted por que estudie.

Jacinto enrojece y le da por pensar que si el maestro tuviera por baño un váter en un pequeño cobertizo con paredes de ladrillo sin enfoscar y unas hojas de periódico colgadas de un gancho, ni siquiera se le ocurriría decirle eso.

—Si quiere, yo le tramito los impresos para la beca —le dijo.

—¿Y eso cuánto vale?

Desde que estuvo en la oficina, de la que salió con un papel que lleva un sello morado y dio por recibido dibujando su nombre donde le dijeron, escucha en su cabeza el teclear del ingenio mecánico del que le habían hablado sin que él se lo pudiera creer.

—Imagínate, Jacinto, un tío aporreando una máquina y sale un libro.

Los hombres de la oficina aparecen pulcros, sin ese olor a aceite que a él lo persigue, con las uñas limpias en vez de llenas de una grasa que no se va con nada y trabajan sentados, calentitos, no en una nave desangelada, con ventanas que cierran mal y dos míseras estufas de butano en las esquinas, que apenas sirven para dar color. Junto a ellas se cobijan los compañeros que, por riguroso turno y sin exceder los cinco minutos, se fuman un cigarro con la vista puesta en el techo del que, a veces, cuelgan carámbanos.

Jacinto, las manos anchas, callosas, llenas de cicatrices y pequeñas quemaduras, saca el ladrillo suelto una vez más, abre el trapo y coloca una nueva moneda junto a las otras, esas que Josefa echa de menos y le reprocha sin palabras. Cuando eso ocurre él no sabe dónde mirar, pero no quiere decírselo, porque hay cosas que las mujeres no entienden y además le da vergüenza compartir su locura por si acaso no sale bien. ¿Hasta dónde podrá llegar un chico listo que encima tiene una máquina de escribir? Esto se pregunta muchas veces, y entonces siente vértigo y aprieta los dientes.

Por eso dice que no, que lo agradece, que sabe que lo hacen por él, pero que ya se acostumbró a trabajar sin gafas protectoras y que entiende el esfuerzo de la casa que se las ofrece a todos a mitad de precio y se lo va descontando poco a poco del salario, casi sin

que se den cuenta, pero que a él todo se le va con lo del azúcar de la abuela y ahora el que necesita gafas es el niño, de las de ver.

—Porque lo tengo estudiando, ¿sabe usted?

El encargado lo mira con severidad, levanta un dedo y lo señala.

—Allá, tú. De desagradecidos está el mundo lleno.

—Gracias, don Eduardo —dice Jacinto y, al salir, se demora un poco mirando al hombre que teclea.

—¿Qué? —le dice este.

—¿Es difícil manejar eso?

—No —le dice el hombre—. Sólo hay que saber las letras.

Ese día ha puesto sobre el gélido suelo de un cuartucho de la planta alta las hojas de un almanaque viejo, desata el trapo y coloca una peseta, a veces una pila de diez perras gordas, otra, dos de esas nuevas con su agujerito en el medio, sobre cada día y apenas llega a septiembre. No lo sabe con exactitud, pero le parece que deberá llenar varios calendarios como ese antes de poder entrar a la tienda. Eso sin contar con que pueda subir el precio, lo cual tampoco sería de extrañar, o que alguien la compre antes. Estos pensamientos lo dejan aterido y se estremece, como si sus huesos fueran de hielo.

Todos los sábados, puntualmente, llegan a la fábrica los camiones de los que bajan operarios vestidos con impecables monos blancos, quienes con orden y en un silencio casi absoluto, cargan los vehículos con las piezas fabricadas que algunos dicen que utilizan hasta los aviones de los americanos de la base. Pasan muchos de estos sábados, la abuela ya se ha muerto, el niño es casi bachiller y Jacinto apenas ve de un ojo, pero acierta a sacar el ladrillo y abrir los trapos anudados y contar las monedas y decir que ya casi. Y lo recoloca todo, con esmero, y vuelve al día siguiente, al otro y al otro, y la siguiente semana y el siguiente mes y el otro y el otro también, sin faltar ni un solo día. Y aquel en el que

tras contar dos veces se da cuenta de que ha reunido hasta el último céntimo, se encierra en el baño, se sienta sobre la taza agrietada y se pone a llorar.

El modelo ya no es el mismo y la carcasa ha tornado a un azul celeste desvaído que le hace desconfiar.

—¿Es buena esta?

—La mejor.

El hijo mayor de Cobo mira con desagrado los atados de monedas y las manos trémulas que los desanudan y al hombre menudo de mirada fiera que empieza a contarlas formando montones de diez sobre el mostrador de cristal rajado que tienen sujeto con cinta adhesiva.

—Podría usted haberlo cambiado en el banco —dice.

Jacinto no lo escucha. Es el día más feliz de su vida.

Con la caja al hombro acelera el paso hacia las calles estrechas, congeladas, sin reparar en los charcos ni en las placas de hielo que acechan en las zonas umbrías. Cuando llega a su casa empuja la puerta siempre abierta y llama a voces a su mujer. Deposita la caja en una mesa, saca la máquina y la frota con un pañuelo. Le cuesta hablar.

—Se la he comprado al crío —dice.

La mujer entrecierra los ojos. No sabe qué es aquello, ni qué utilidad puede tener. Y se calla que su hijo se muere por una bicicleta.

Una tarde de muchos años después, jubilado ya, ciego de un ojo y con la visión muy mermada en el otro, arrebuado con la ropa que cubre una pequeña mesa redonda bajo la cual arde un radiador de aceite, Jacinto se adormece con el monótono teclear que proviene de la habitación de al lado. Su hijo ha terminado la tesis doctoral y en estos momentos escribe la dedicatoria: A mi padre. Justo cuando la termina, saca la hoja del rodillo, la alisa y la coloca encima de las más de quinientas que componen el trabajo,

Jacinto entra en el sueño del que ya no se despierta. El último ruido que escuchó fue el
percutir de la e contra el papel.